

el Aguila del mes de
los en la estraccion del,
premios siguientes:

don Gabriel Diaz del
del sorteo 29 de marzo.
tequier, de id. con id.
Romero, de id. con id.
señora de Moreno San
de billete de id., 2 cé-
marzo, y un mes de

don Manuel Oliva, de

Perez, de Santisteban,

a y Lopez, de Sevilla.

don Juan Robert, de

Diaz, de Sevilla, id.

nia Casado, de Sevilla.

doña Adelaida Gil, de

Gordillo, de Sevilla,

, de Valverde del Ca-

AS.

ados de la ciudad, pa-
bo, y en el acto se les
os.

ersonas á quien por la
ga la entrega.

tienen todavia opcion
para repartir cada serie
s números están ano-
plantilla, puesta en el

para la cual está abier-

rà: Sr. Redactor del
6.—Sevilla; en donde
spacho.

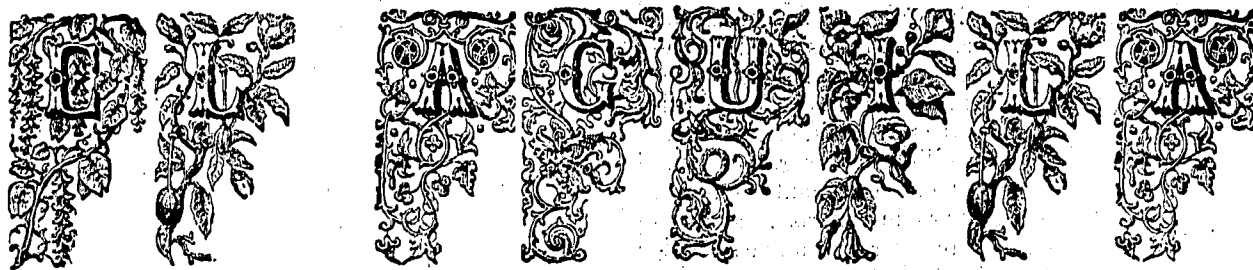
, no firmado,
uña y Aguila.

co Diaz y Romero.

58.

A MERCANTIL.

1.



PERIÓDICO INSTRUCTIVO Y LITERARIO.

SEMANA SANTA.

LA SOLEMNIDAD DE ESTA SEMANA NOS HA HECHO RETIRAR TODOS LOS MATERIALES
DISPUESTOS PARA ESTE NÚMERO, Y DAR CABIDA EN SU LUGAR
AL SIGUIENTE

ALBUM RELIGIOSO.

EL VIERNES SANTO

por D. Leon Carbonero y Sol.

¿A donde vas Jerusalem?... ¿Por qué se agitan tus hijos en el frenesi de los tumultos populares?... ¿Por qué los escitas á abandonar la morada del reposo?... ¿Por qué quitas de sus manos la oliva de la paz, la palma de los triunfos y los obligas á empuñar el acero de la destruccion?...

Yo te vi ayer entonar el *Hossanna* de la alegría, y hoy escucho que tu voz pronuncia con el delirio del ensañamiento el *tolle* de la venganza... Ayer cantabas himnos de victoria... hoy exhalas exclamaciones de terror...

¿A donde vas Jerusalem?... Ayer vestida con el manto de la pompa entrabas en tu morada como esposa en cuya frente brilla la aureola de la virtud... hoy, roto el vestido nupcial, marchita la guirnalda de azucenas, recorres tus caminos haciendo resonar en los valles el eco de tus iras.

¿A donde vas Jerusalem?... Yo que contigo recibí al esposo, yo que como tú entoné cánticos de alabanza, yo que á tus pies me prosterné para ensalzarte, yo que en tí admiré la magestad de que te veía circundada... yo te acompañaré... yo tambien arrojaré la palma de la gloria... como tú pediré venganza, como tu mano empuñará la mia el acero del castigo...

¿Quién, Jerusalem, quién viene á cercar tus muros? quién pretende arrebatar de tu cuello el collar de los encantos, para ponerte cadena de opresion y uncirte al carro de conquista ignominiosa?... quién se atreve á poner en tu seno la mano corruptora de la profanacion?... quién viene á robarte tus tesoros y tus hijos?... quién es el hombre, qué regiones son las que intentan destruir tus jardines, tus palacios y tu templo?...

Habla, Jerusalem... que aun hay en mi inteligencia luz para comprenderte, en mi corazon amor que consagrarte, en mi brazo fuerza para defenderte.

Yo soy, yo soy el que hace cinco dias inspire á tus hijos el cántico de su júbilo... yo seré el que hoy sabré escitar el de sus venganzas... Yo que ayer con-

currí con ellos á la mayor de tus solemnidades... yo seré tambien el que hoy asista á la mas sangrienta de tus lides... Quien tuvo inspiracion para cantar amores, tambien la tiene para producir escisiones á la ira.

¿A donde vas Jerusalem?... La hija de Sion detiene el paso; y apartando de su rostro el tupido cendal que ocultaba sus facciones, vi sus ojos antes luminosos como la estrella de la mañana, encendidos como brasa de fuego en el ara del sacrificio. En su frente antes tersa como el bruído bronce, habia hecho surcos el hierro de los enconos. Sus megillas cuyo colorido fuera envidia de la rosa, aparecian pálidas como el rostro de la muerte; sus cabellos siempre trenzados con toda la sencillez de la costumbre oriental, flotaban en desordenados ramales sobre sus hombros agoviados con el peso de su intencion... su seno tranquilo como el sueño de los niños, estaba agitado como el pecho de la muger adúltera.

¿A donde vas Jerusalem?... Su mano fria con el yelo del sepulcro; convulsa con el estremecimiento de la muerte, apretó la mia con fuerza de varon, abre sus labios, y dando antes que á la voz, salida al fuego de reconcentrado encono, ¡Al Gólgota! me dijo, al suplicio de Jesús...

Su voz se confundió con los ahullidos de un populacho desenfrenado... Y el tumulto llegó á mis oídos como el de las agitadas olas del mar embravecido... como el del huracan que troncha los cedros del Líbano y las encinas de Basan; y apareciendo en su semblante la sonrisa sarcástica del verdugo que se deleita en la muerte de la victima, soltándome con repulsa de frenética locura... ¡Al Gólgota! repitió, al suplicio de Jesús. Mis sentidos se embargaron, se oscureció mi razon, y mi frente holló el polvo de la calle de la Amargura.

Apenas abrí los ojos y recobraron la luz de que el estupor los habia privado, vi una muger á quien la palidez no habia robado la belleza, en quien el dolor no eclipsaba la magestad... triste, como el ave á quien roban los polluelos, débil como planta de los valles sin rocío de las nubes... sola como lirio en el desierto... Era la Virgen de Judá; era Maria, la hija de mi Dios, la Madre de mi Jesús.

Huid, Señora, huid... la iniquidad ha penetrado en el seno de Jerusalem... Abandonad á la hija de Sion... el arrullo de la tórtola de los valles, se ha convertido en rugido del Leon hambriento... la piscina de la salud, va á ser lago de sangre humana... las casas y los templos son umbrales de embriaguez... oid, oid el ruido de la bocina como en Gabáa, el sonido de la trompeta como en Ramá, los ahullidos de las gentes como en Bethaven. La que ayer tendia su manto de nieve, levanta hoy atalayas de fuego de vengaza... las flores que antes derramaba, se han convertido en redes tendidas en el Thabor... el pelicano de los amores, es paloma engañosa de Ephraim... las manos que ostentaban el laurel de la alegría, empuñan la balanza de Chanaam y la espada de los Amonitas....

Huid, Señora, huid... huid de la que como Bethet es impia, como Gálgala fecunda en prevaricacion... como Geth estéril en virtud... de la que en iniquidades oscurece los dias de Gabáa, de la que mas inconstante y engañosa que Ephraim, pone el cuello de sus hijos en el filo de la espada de sangriento populacho, de la que persigue á sus hermanos con el cuchillo de Edom.

¿Donde está mi hijo?... Pregunta la Madre del Dolor.

La voz de la amargura penetró en mi corazon como un dardo encendido... las lágrimas brotaron á raudales de mis ojos, y la espresion de mi tristeza anunció á Maria, el nombre de la victima que Jerusalem llevaba al patibulo del Gólgota...

La madre estrecha las manos de nieve sobre su seno de fuego; su corazon es ya mar de tribulaciones... pira de llama inextinguible... vaso donde la mano del pesar vació las heces del cáliz de la amargura.

Huid... Señora, huid... el tumulto crece... la agitacion se aumenta... escuchad las voces de esa Jerusalem adúltera... ¡No hay salvacion Madre mia para el que es Salvador de las gentes!!!

Maria permanece inmóvil como roca agitada por las olas... y cercado de Sayones, rodeado de un populacho falto de fé y lleno de maldad, aparece Jesus agoviado no con el peso del Madero, sino con el de la iniquidad de los hombres...

La cabeza de aquel para quien el Cielo es diminuta diadema, encarcelada en el estrecho circulo de una corona de espinas... Las manos del que humilla á los poderosos y exalta á los humildes, mas ligadas por la resignacion de su voluntad, que por la fuerza del pueblo judio... Los ojos donde el Sol encendió su luz, oscurecidos con la sangre que de sus sienes descendia... pálido, lacerado por los golpes de cien sayones, escarnecido por los dicterios de un pueblo enenagado en la maldad....

Así marchaba al suplicio, el que vino á libertar del suplicio á la raza procreada en los dias de la iniquidad: así caminaba á la muerte el que vino á dar la vida á las generaciones que pasaron, á las generaciones que existen, á las generaciones que vendrán... Así le vió Maria... la espada del dolor dividió el corazon que el espíritu de Dios habia escogido para su morada: y la amargura apareció en su semblante con toda la fuerza de la mas lúgubre de las impresiones.

La Madre clavó sus ojos en el hijo... Jesus fijó los suyos en Maria... La Madre traspasada con el suplicio del hijo... el hijo traspasado con el suplicio de la Madre...

¡Ambos eran víctimas de la mas grande de las expiaciones! Jesus sucumbiendo por la vehemencia del amor... Maria resistiendo la fuerza del dolor acer-

bo... Jesus muriendo despues de haber contemplado la situacion de la Madre, la Madre viviendo despues de haber mirado la faz ensangrentada de su hijo.

Los tribunales, los sayones, el pueblo judio, todos se mostraron insensibles á aquella escena que los ángeles no se atrevieron á mirar temerosos de convertir los cielos en morada de lúgubres plegarias. Solo el hombre veja tranquilo el dolor de un Dios, y la amargura de la hija del eterno... y caminando en la carrera de la iniquidad, ansioso de concluir su obra... arrastra á Jesus hasta el Gólgota y deja á Maria en brazos de la tribulacion.

Jerusalem, Jerusalem... Rompe el muro de bronce con que la maldad ha fortificado tus oidos.... Rasga el velo con que el error roba á tus ojos el brillo de la verdad... Escucha la voz de tu Dios... Mira el esplendor de la divinidad... Aun es tiempo.... Deten el brazo de los verdugos y dá libertad al Salvador de las gentes....

Corre, corre presuroso á mitigar el dolor de aquella Madre que dejastes sin esperanza en la calle de la Amargura. Vuélvela su alegría, restitúyela su salud, su amor, su reposo y su vida; devuélvela el hijo de sus entrañas.... Jerusalem, por piedad: que tu corazon se ablande con la súplica de la inocencia, con el llanto de la niñez, con las lágrimas de la ancianidad.

El aire mensajero de las súplicas se agita con la fuerza del Aquilon.... La tierra se estremece.... Las piedras chocan con las piedras.... El Cielo se cubre de nubes, el sol apaga su luz.... Los sepulcros se abren.... Y el mundo se estremece.... Y en las bóvedas de los cielos retumban las últimas palabras que Jesus pronuncia al ecsalar su espíritu desde la cruz.

¡MURIÓ JESUS!!! y Jesus era el hijo de Dios, el Mesias prometido.

Mira, Jerusalem, mira la obra de tu ceguedad... no abandones el Gólgota... gózate en el deicidio... En tus manos está el cordero sin mancha, como el ave del paraíso en las garras del gabilan... sacia la sed de tu venganza bebiendo la sangre que sale de sus venas... Si aun no están satisfechas las hogueras de tus enconos, busca á Maria, pon en el regazo de amor de la mejor de las Madres el cuerpo mutilado del mas hermoso, del mas inocente de los hijos.... Si todavia quieres mas víctimas, ya que has derramado toda la sangre del hijo, hiere, Jerusalem, si te atreves el corazon de Maria.

La hija de Sion cubre su rostro con encendido lienzo de vergüenza.... su cabeza con el sayal de la ignominia, en su corazon arde el remordimiento... y anegada en la confusion, llora llanto de muger prostituida....

Llorad... llorad doncellas de Jerusalem... porque el fuego de los ojos del Señor, arde como la llama en el horno de los metales.... Llorad, llorad llanto de Adadremom en los campos de Magged.... Llorad, habitantes de Sion, como los hijos de Nathan, como los mancebos de Levi, como las mugeres de Semei.

Llorad, porque el Señor trillará vuestras moradas con carros de hierro como en Galaad.... y la llama de su ira caerá sobre vuestros muros como en el circuito de Rabá, y sobre vuestros palacios como en la casa de Azael, y sobre vuestro templo como en el palacio de Benadad.

Y vosotros, varones y mugeres de Judá... vosotros, en cuyo corazon fué fecunda la palabra de Jesus, venid, venid á buscar á la que dejasteis sola en la tribu-

lacion... ve
Ah Ma
dolor el su
sin llanto
Mi voz se
debilita....
puedo deso
con que hu
testimonio

A JES

In
En t
Con
Del m
Por l
Abie
Ya q
La co
De es
A la
Ante
Parta
Vuel
Ya
Con
Rom
Y con
Arrin
La ca
Hacia
Y qu
Bien
Y las
A la
Que s
Acué
Aq
De m
Con l
Aquí
Y ofr
Aquí
Dond
Miser
Y el g
No qu
Hasta
Aquí
Venir
Aq
Un pe
En la
Que n
En m
Pues
Que la
Son la
Tu no

lacion..., venid á buscar á Maria á la Madre de Jesus.

¡Ah Madre mia! si hubo hombres que vieron sin dolor el suplicio de tu hijo, ¿quién podrá contemplar sin llanto la amargura de la madre?...

Mi voz se acaba..... La llama de mi inspiracion se debilita.... El dolor, señora, me ahoga: y ya que no puedo describir la escena del Gólgota, las lágrimas con que humedezco la tierra, son Madre mia, el único testimonio que puedo rendiros en vuestra soledad.

A JESUCRISTO CRUCIFICADO

por Fr. Luis de Leon.

Inocente Cordero
En tu sangre bañado,
Con que del mundo los pecados quitas,
Del robusto madero
Por los brazos colgado
Abiertos, que abrazarme solicitas:
Ya que humilde marchitas
La color y hermosura
De ese rostro divino,
A la muerte vecino;
Antes que el alma soberana y pura
Parta para salvarme,
Vuelve los mansos ojos á mirarme.

Ya que el amor inmenso
Con último regalo
Rompe de esas grandezas las cortinas,
Y con dolor intenso
Arrimado á ese palo
La cabeza rodeada con espinas
Hacia la Madre inclinas,
Y que la voz despidas
Bien de entrañas reales,
Y las culpas y males
A la grandeza de tu padre pides
Que sean perdonados:
Acuérdate, señor, de mis pecados.
Aquí donde das muestras
De manirroto y largo
Con las palmas abiertas con los clavos;
Aquí donde tú muestras,
Y ofreces mi descargo;
Aquí donde redimes los esclavos,
Donde por todos cabos
Misericordia brotas,
Y el generoso pecho
No queda satisfecho,
Hasta que el cuerpo de la sangre agotas.
Aquí, Redentor, quiero
Venir á tu justicia yo el primero.
Aquí quiero que mires
Un pecador metido
En la ciega prision de sus errores;
Que no temo te aires
En mirarte ofendido,
Pues abogando estás por pecadores:
Que las culpas mayores
Son las que mas declaran
Tu noble pecho santo,

De que te precias tanto:

Pues cuando las mas graves se reparan,
En mas tu sangre empleas,
Y mas con tu clemencia te recreas.

Por mas que el peso grave
De mi culpa se siente
Cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
Que tu yugo suave
Sacudió inobediente,
Quedando en nueva sujecion por ello;
Por mas que el suelo huella
Con pasos tan cansados,
Alcánzarte confío:
Que, pues por el bien mio
Tienes los soberanos pies clavados
En un madero firme,
Seguro voy que no podrás huirme.
Seguro voy, Dios mio,
De que el bien que deseo
Tengo siempre de hallar en tu clemencia:
De ese corazón fio,
A que ya claro veo
Por las ventanas de ese cuerpo abierto,
Que está tan descubierto,
Que un Ladrón maniatado
Que lo ha contigo á solas,
Te lo tiene robado:
Y si esperamos, luego
De aquí á bien poco le acertará un ciego.

A buen tiempo he llegado;
Pues es cuando tus bienes
Repartes con el nuevo testamento.
Si á todos has mandado
Cuántos presentes tienes,
También ante tus ojos me presento.
Y cuando en un momento
A la Madre Hijo mandas,
Al Discipulo Madre,
El Espiritu al Padre,
Gloria al Ladrón:
¿Cómo entre tantas mandas
Ser mi desgacia puede
Tanta, que sólo yo vacío quede?
Miradme, que soy hijo,
Que por mi inobediencia
Justamente podeis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
Que hallaria clemencia,
Siempre que á tí volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
A los pies de esta cama
Donde estás espirando:
Que si como demando,
Oyes la voz llorosa que te llama,
Grande ventura espero,
Pues siendo hijo, quedaré heredero.

Por testimonio pido
A cuantos te están viendo,
Como á este tiempo bajas la cabeza:
Señal que has concedido
Lo que te estoy pidiendo,
Como siempre esperé de tu largueza.
¡Oh admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que como sea cierto
Que hasta el testador muerto
No tiene el testamento fuerza entera:
Tan generoso eres

Que, porque todo se confirme, mueres.
 Cancion, de aquí no hay paso.
 Las lágrimas sucedan,
 En vez de las palabras que te quedan:
 Que esto nos pide el lastimoso caso,
 No contentos, agora
 Cuando la tierra, el Sol, y el Cielo llora.

SALUTACION DE CRISTO A LA CRUZ

al ponerla sobre sus hombros para marchar al Calvario,
 por Fr. Diego de Hojeda en su Cristiada.

Ven, estandarte de inmortal memoria,
 Que has de triunfar del espantoso infierno,
 Y, siempre digno de alabanza y gloria,
 Fundarás en la Iglesia mi gobierno,
 Y en el final juicio con victoria
 Universal y resplandor eterno
 Lucirás, y entre nobles compañías
 De ilustres santos y en perpetuos dias

Arbol de vida y árbol de la ciencia.
 Del mismo bien, y palma victoriosa
 De donde cojera con mas prudencia
 Que Eva el fruto de amor, mi bella esposa,
 Ven, que en ti mi suave providencia
 Sombra le ha de hacer maravillosa,
 Para que ya descanse, ya se aliente,
 Hasta que á verme suba claramente.

Ven, ¡oh sagrada Cruz! dame tus brazos,
 Que yo te doy con caridad los míos,
 Y te regalo con estrechos lazos,
 Para mí fuertes para el hombre píos:
 Y si á tu amor no bastan mis abrazos,
 Yo te prometo de mi sangre ríos,
 Con que lavada, y bella, y dulce quedes,
 Y rica al fin para ofrecer mercedes.

Ven, que en ti hallarán los pecadores
 De infinita piedad la fuente abierta,
 Y de gracia, dulzuras y favores
 Los justos franca la dichosa puerta,
 Salud el mundo, el cielo resplandores,
 Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.
 Ven, Cruz, y vamos. Dijo y recibióla
 Con un beso de paz, y levantóla.

A LA MUERTE DE JESUS.

SONETO

por B. L. de Argensola.

Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
 Prendas de sentimiento sus hechuras,
 Llama el sol á la noche, y las oscuras
 Sombras apriesa en tiempo ageno crecen.
 De la vida asaltadas se estremecen
 Atónitas las mudas sepulturas,
 Libran sus cuerpos á las almas puras,
 Y á los justos vivientes aparecen.
 Las piedras se quebrantan y á su ejemplo
 Visten los astros voluntario luto;
 Rómpe se el velo místico del templo:

Dá cualquier obra al llanto algun tributo,
 Y yo, siendo la causa, lo contemplo
 Con rostro alegre y con semblante enjuto?

CRISTO EN LA CRUZ.

Romance por Lope de Vega.

La tarde se oscurecia
 entre la una y las dos,
 que viendo que el Sol se muere,
 se cubrió de luto el Sol.

Tinieblas cubren los aires,
 las piedras de dos en dos
 se rompen unas con otras,
 y el pecho del hombre no.

Los ángeles de paz lloran
 con tan amargo dolor,
 que los cielos y la tierra
 conocen que muere Dios.

Cuando está Cristo en la Cruz
 diciendo al Padre, Señor,
 ¿Por qué me has desamparado?
 ¡Ay Dios, que tierna razon!

Qué sentiria su Madre
 cuando tal palabra oyó,
 viendo que su Hijo dice,
 que Dios le desamparó?

No lloreis Virgen piadosa
 que aunque se vá vuestro amor,
 antes que pasen tres dias
 volverá á verse con vos.

Pero como las entrañas,
 que nueve meses vivió,
 verán que corta la muerte
 fruto de tal bendicion?

¡Ay Hijo! la Virgen dice,
 ¿qué madre vió como yó
 tantas espadas sangrientas
 traspasar su corazon?

¿Dónde está vuestra hermosura?
 ¿quién los ojos eclipsó,
 donde se miraba el cielo
 como de su mismo autor?

Partamos, dulce Jesus,
 el cáliz de esta pasion
 que vos le bebed de sangre
 y yo de pena y dolor.

Esto diciendo la Virgen
 Cristo el espíritu dió;
 alma, si no eres de piedra
 llora de pena y dolor.

Fuente
 Que das á
 Descarga
 Prestando
 Que al ce
 Fuerza m

Vestido
 La escelsa
 Aparece á
 Paz, espe
 Como ent
 Te mostra

Y á la v
 Santo, Sa
 Quemando
 Alzando,
 Que en tu
 La gloria

Gloria á
 Que el fir
 Las estrell
 Y la lumb
 Los mares
 Donde la i

Doquier
 Tu sacro n
 Tu escelsa
 Desde el re
 Y tu inefal
 Repiten cie

Tu voz e
 El rayo ent
 Los mares
 El huracan
 Arde el c
 En violento

Sobre ca
 Mas rápido
 Te miro de
 El espacio d
 Y la divina
 Donde asier

Las altas
 Los cedros d
 For ventura
 A solo un so
 Menos dejar
 Sobre los ai

Y tú, Dio
 Tú que saca
 Y puedes á e
 Reducirlo co
 De hombre
 Para verter

¡Ay! llanto

A DIOS.

por D. J. Nuñez de Prado.

Fuente de vida, espíritu sublime,
Que das á cielo y tierra movimiento,
Descarga el peso que mi pecho oprime,
Prestando impulso á mi atrevido acento,
Que al celebrarte en tu obra
Fuerza me falta, inspiracion me sobra.

Vestido en lumbré, en tu esplendor velando
La escelsa magestad de tu hermosura,
Aparece á mis ojos, derramando
Paz, esperanza y eternal ventura,
Como entre rayo y trueno
Te mostraste á Ezequiel de gloria lleno:

Y á la voz de los ángeles que en coro
Santo, Santo, te cantan noche y día,
Quemando incienso en pebeteros de oro,
Alzando, *Santo* se unirá la mia,
Que en tu divino nombre
La gloria que halla el ángel halla el hombre.

Gloria á tí! gloria á tí! señor Dios santo,
Que el firmamento tienes por alfombra,
Las estrellas por flores de tu manto
Y la lumbré del sol por leve sombra,
Los mares por espejo,
Donde la inmensidad alza un reflejo.

Doquiera estás, señor, doquier resuena
Tu sacro nombre que repite el mundo,
Tu escelsa magestad de gloria llena
Desde el remoto cielo hasta el profundo,
Y tu inefable acento
Repiten cielo, y tierra, y mar y viento.

Tu voz escucho cuando estalla el trueno,
El rayo entre las nubes se desata,
Los mares abren su ondulante seno,
El huracán las mieses arrebata,
Arde el cielo en guerra,
En violento estridor tiembla la tierra.

Sobre carro de fuego arrebatado,
Mas rápido que el vuelo de mi mente,
Te miro de querubés circundado
El espacio cruzar resplandeciente,
Y la divina cumbre
Donde asientas la planta brota lumbré.

Las altas torres del orgullo humano,
Los cedros que en el Líbano se mecen,
Por ventura, qué son? polvo liviano,
A solo un soplo tuyo desaparecen,
Menos dejan que el ave
Sobre los aires y en la mar la nave.

Y tú, Dios de bondad, Dios poderoso,
Tú que sacaste al mundo de la nada
Y puedes á esa nada, en tu reposo,
Reducirlo con solo una mirada,
De hombre tomaste el nombre
Para verter tu sangre por el hombre!

¡Ay! llanto de pesar baña mis ojos;

Lejos la lira que ciñera flores:
Dadme, dadme, señor, en mis enojos,
El arpa de David en sus dolores,
El canto de Isaías,
La desolada voz de Jeremías.

Venid, vírgenes bellas, el cabello
Cual sauce sobre fuente desmayado
Abandonad en ondas sobre el cuello
En llanto triste de dolor bañado,
Y en lastimoso coro
Herid las cuerdas de las arpas de oro.

¿Qué es mi voz y mi canto á la memoria
De tan horrible y congojoso día?
El quejido de una ave transitoria
Que se apaga en la atmósfera sombría,
Ofrenda bien ligera!.....
Debe llorar la humanidad entera!

A JESUS EN SU AGONIA.

Soneto por A. Robles.

Cual si la lanza que tu pecho hiriera,
Abriendo el alma en el sangrienta vía
No bastase á sumirte en la agonía
Y arrancarte la vida no pudiera;
Aun mas dolor tu corazón sintiera,
Fuente de sangre ante la raza impía,
Con el acerbo llanto que María
Llena de angustia maternal vertiera.
Mas que el martirio, de tu madre el duelo,
Siempre á tu vista, mi Jesús, presente,
Cerró tus ojos á la luz del cielo:
Y al ver su lloro y tu penar vehemente,
¿Hubo en la tierra corazón de hielo
Que no anublase de dolor la frente?

La Muerte de Jesús

por D. Alberto Lista.

¿Y eres tú el que velando
la escelsa magestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? ¿Y el impio bando
Que eleva contra ti la osada frente,
Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas en vano el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz estinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena:

Amor, mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y leon fuerte;
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¿quién podrá mirarte,
O Paz, ó Gloria del culpado mundo?
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Al ver que en su delicia
El gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cual brazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad: muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía,
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera;
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.

Que no cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y al delincuente misero envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya Dios de venganza, tu hijo amado,
Domador de la muerte y del Averno,
Tu cólera infinita
Aplacar en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama?
Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste.
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis, como se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, Angel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulmínea espada;
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja espada,
Suba al solio sagrado,
Y vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ó tierra,
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el criador; mas el delito aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere.... Gemid, humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos.

A la Virgen

Soneto por D. J. Gutierrez de la Vega.

Perlas vertiendo que envidió la aurora,
Ved á Maria ante la cruz divina:
Lánguida y sola cuando el sol declina,
Vedla cuan triste y delirante llora!

Víctima del dolor que la devora,
Su débil frente sobre el pecho inclina,
Y en su angustia mortal ella imagina
Perdido el bien que con el alma adora:

Cuando una voz que anuncia la agonía,
Voz que precede al ¡ay! del moribundo,
Oye que dulce y celestial decia:

—Calma, señora, tu dolor profundo,
Que una lágrima solo, madre mia,
Puede si es tuya redimir al mundo!

EL PUEBLO DEICIDA.

CANTO ELEJÍACO

por D. E. de Cisneros y N.

Alza, Israelita, esa cobarde frente,
Donde no brilla la apacible calma;
Y oye al que llega con fervor ardiente,
No á herirte el rostro, á traspasarte el alma.

De tu pena mi Dios no se condeue!
Tu amargura á Satán causa alegría!...
Está en el cielo el brazo que te impele,
Y en el abismo el ojo que te espía!

De los pueblos que á Dios dan homenaje
Libertad y poder es el tesoro;
Y el tuyo es la deshonra, el vasallaje
Y esa escoria tambien que llaman oro.

No hay esperanza que tu mal consuele,
Porque en castigo de tu saña impia,
Está en el cielo un brazo que te impele
Y en el abismo un ojo que te espía.

Sacrificó tu criminal anhelo
Al Ser que de mil riesgos te salvara,
Tu víctima fué un Dios! tu altar el cielo!

Y el emp

Pueblo
Maldito b
Pues siem
Y siempre

Sufre u
Y arrastra
Ay! la san
Es el tósigo

Y ya es
A la pieda
Mira en el
Y en el ab

Israel! I
Por no suf
Que á tu r
Del templo

Justo es
Mirar tu es
Cuando se
Y brote fu

A JE

Sobre el
de la precio
Dios de bon
para el ver

No de vez
los tristes a
que si al Et
pide 'perdon

Esa es de
la mas heró
¡Tú al asesin

y en luga
perdonas su
y únesle á t

Y el empinado Gólgota fué el ara!

Pueblo que contra Dios se alce y revele
Maldito bajará á la tumba fria,
Pues siempre está en el cielo quien te impele
Y siempre en el abismo quien te espia.

Sufre un negro baldon, pueblo inclemente,
Y arrastra por do quier tu infame yugo!
Ay! la sangre infeliz del inocente
Es el tósigo fiero del verdugo!

Y ya es en vano que tu voz apele
A la piedad de un Dios en tu agonía.
Mira en el cielo el brazo que te impele
Y en el abismo el ojo que te espia!

Israel! Israel! mas te valiera,
Por no sufrir del mundo el vilipendio,
Que á tu raza maldita consumiera
Del templo salomónico el incendio.

Justo es que todo el Universo anhele
Mirar tu espanto en el tremendo día,
Cuando se estienda el brazo que te impele
Y brote fuego el ojo que te espia.

A JESUS EN LA CRUZ.

Soneto por J. M.

Sobre el Calvario estás, y en cada gota
de la preciosa sangre que derramas,
Dios de bondad, la salvacion reclamas
para el verdugo que tu cuerpo azota.

No de venganza justa el lábio brota
los tristes ayes, con que al Cielo clama,
que si al Eterno Padre en ellos llama,
pide perdón con humildad devota.

Esa es de la virtud de tu alma pura
la mas heróica muestra, Jesus mio!
¡Tú al asesino vil tiendes los brazos,

y en lugar de cebarte en su amargura
perdonas su fanático estravio,
y únesle á tí, con cariñosos lazos!



MARIA AL PIE DE LA CRUZ

por Doña Antonia Díaz Fernández.

Mística rosa, perfumado lirio,
Cándida estrella, refulgente aurora,
Reina del cielo sacrosanta y pura,
Dulce Maria.

Deja que absorta tu grandeza admire,
Deja que tierna con fervor te aclame,
Deja, Señora, que en mi humilde lira
Suene tu nombre.

Dáme que en alas de mi amor profundo
Fiel te bendiga sin cesar mi alma,
Férvida alzando de entusiasmo henchida
Gratos loores.

Yo te contemplo cuando plugo al cielo
Ver á tus plantas á Luzbel rendido,
Y Eva segunda te admiró la tierra
Pura y sin mancha.

Yo te contemplo cuando en ígnea nube
Rápido y bello descendió el arcángel,
Fáusto anunciando que tu seno era
Trono del Verbo.

¡Ay! yo te miro cuando el Hijo amado
Vida y delicias de tu tierno pecho,
Víctima santa, su preciosa vida
Dió por el hombre.

Yo te contemplo cuando amargo duelo
Baña con llanto tu divino rostro,
Y hórridas sombras de letal tristeza
Ciñen tu frente.

Yo al pié te miro del fatal madero
Donde angustiado tu Jesus espira,
Yo te contemplo cuando acerbos penas
Hiernen tu alma.

Tú de los hijos de Salén, Señora,
Trémula miras la funesta saña:
Ves cuál del Justo, de los justos gloria,
Mófanse impíos.

Grande el acento resonára en vano
De altos profetas en su seno un día;
Ellos del santo Renditor del mundo
Piden la muerte

Triste á sus ecos la natura gime,
Chocan las piedras con fragor tremendo,
Pálidas sombras el sepulcro evocan,
Rugen los mares.

Rásgase el velo del sagrado templo,

El sol se viste de tiniebla oscura,
Ciego el deicida á su sangriento crimen
Llama justicia.

¡Oh la mas pura de las puras reinas!
¡Oh la mas tierna de las tiernas madres!
¡Cuánto á la vista del Cordero santo
Sufre tu pecho!

Alzanse inquietos tus amantes ojos
Mústios los ojos de Jesus buscando;
¡Ah! que ya de ellos la fulgente lumbré
Roba la muerte!

No hay en la tierra, Sacrosanta Virgen,
Pena ninguna que á tu pena iguale.
¡Quién dignamente tu dolor cantára,
Mártir gloriosa!

Trémula al verte desolada y triste
Fúnebre llanto mi mejilla inunda,
Y hondos gemidos mi agitado pecho
Lúgubre exhala.

¡Ay! mas en vano con afán profundo
Quiero ensalzarte, misteriosa estrella:
¡Ay! que en mis lábios mi insonoro acento
Lánguido espira.

No ya en las alas de mi amor, Señora,
Rudos cantares consagrarte anhelo;
Deja, Maria, que en silencio humilde
Fiel te bendiga.

Callen las cuerdas de mi tosca lira;
Callen, y solo con fervor te ofrezcan
Lágrimas mudas mis ardientes ojos,
Ayes mis lábios.

A JUDAS EN EL ACTO DE MORIR

por D. Juan Nicasio Gallego.

Cuando el horror de la traicion impia
Del falso apóstol obcecó la mente,
Y del árbol fatídico pendiente
Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía
Mirábase el demonio frente á frente,
Hasta que al fin del término impaciente
De entrambos pies con ímpetu le acía;

Mas ya que vió cesar del descompuesto
Rostro, la agitacion convulsa y fiera,
Señal segura de su fin funesto,

Con infernal sonrisa placentera
Los lábios puso en el deformé gesto
y el beso devolvió que á Cristo diera.

Gobierno de la provincia de Sevilla.

Segun parte telegráfico recibido en este dia, los números agraciados en la estraccion de la lotería primitiva celebrada hoy, son los siguientes:

22-5-54-68-27

Lo que he dispuesto que se anuncie al público para su conocimiento.

Sevilla 29 de marzo de 1858.—Agustin de Torres Valderrama.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Por un yerro de la imprenta, se omitió en la lista de los señores suscritores agraciados, insertar en el número anterior, los siguientes:

Segunda série: segundo extracto. D. Manuel Valenzuela, de Sevilla, agraciado con un décimo de billete, dos papeletas de la antigua y un mes de suscripcion gratis.

Tercera série: segundo extracto. D. Antonio Duran, de Andújar, agraciado con un décimo de billete, dos papeletas de la antigua y un mes de suscripcion gratis.

Los señores suscritores de fuera, que quieran entrar en série para optar á los regalos de Marzo, deberán satisfacer el importe de su trimestre para el 8 de Abril, por sortearse estos en la estraccion del 19 del mismo.

EL AGUILA.

Sale cuatro veces al mes.

Para cada série de 90 suscritores, se toman, un billete entero, cuatro décimos y ocho papeletas de la primitiva y cuatro suscripciones gratis.

Se suscribe en Sevilla en su redaccion calle de Murillo, número 16, y por nuestros corresponsales en los principales pueblos de la provincia, y en todas las administraciones de correos del reino.

Por lo no firmado,
FRANCISCO DIAZ Y ROMERO.

Editor responsable, D. Francisco Diaz y Romero.

Sevilla, 1858. Imprenta del PORVENIR, Sierpes, 116.

Año I.

Sale cuatro veces
Para cada série de
man, un billete ente
ocho papeletas de la
suscripciones gratis

EL

Llámase así del
verbo latino *aperir*
zar en este mes á br

Este mes era el s
que Numa Pompili
quedando Abril en
segundo del año as

Los poetas han r
joven vestido de ve
vástagos de espinos
en una mano y en l
que es el que rige a
saliendo el 21 de M

Los poetas polaco
neralógico por la c
fluencia de los meta
Abril bajo el influj
la inocencia.

Este signo es hún
te mes es casi siemp

De los varones qu
este signo, se asegu
bien formada, temp
y un tanto biliosos;
rácter taciturno, al
los placeres con esc
casas, así como pr
grandes empresas q

De las mugeres s
lento y buenos sent
mosas, tendrán mu
mirada penetrante,
trato será agradable
de su consorte é hij
ellos los mayores sa

Las cuatro lunaci
mengunte del mes
te mes el 13, su c
Vientos y lluvias es
todos los calendarios
pruebas tiene dadas

Las festividades d
tas religiosas de se
las ferias, de las cua
Medina de Rio Seco
nagos: 7 Caipe: 10